

## Cabo primero Joaquín Antonio Francés

## «Los pacientes mejoran sólo con vernos»

Técnico en auxiliar de enfermería de la UMAER, ha pasado casi cinco años desplegado en operaciones internacionales

**A**ÚN no lleva 20 años en el Ejército y se ha convertido en uno de los militares españoles que más tiempo ha pasado en misiones fuera de España: cerca de cinco años. El cabo primero Joaquín Antonio Francés, más conocido como Ximo, forma parte de la Unidad Médica de Aeroevacuación y, actualmente se encuentra desplegado en Libreville (Gabón), como parte del equipo sanitario del destacamento *Mamba*. «Creo que estaré tres meses aunque nosotros sabemos cuando vamos pero no cuando volvemos». Es su última misión, de momento, de un currículo profesional plagado de viajes. Ha formado parte de 26 contingentes desplegados, entre otros lugares, en Afganistán, Sumatra, Kirguistán, Yibuti, Kuwait y Gabón, ha realizado más de 100 misiones de aeroevacuación avanzada y más de 30 aeroevacuaciones estratégicas.

Antes de crearse la UMAER en 2002, Ximo estaba destinado en el Hospital de Aire donde ingresó siendo técnico en auxiliar de enfermería y donde se



formó como auxiliar de farmacia y de psiquiatría. «De allí nos cogieron para la nueva unidad de aeroevacuación. Soy el único que queda de entonces».

— **¿Cómo es su trabajo?**

— Igual que mis compañeros de tropa, soy técnico y estoy especializado en aeroevacuación. Convertimos cualquier aeronave en una UVI, la manejamos y tenemos que hacer frente a los problemas que puedan surgir en vuelo.

Lo que hacemos es muy quirúrgico, muy puntual y muy especial. La vida del paciente depende de nosotros porque si falla cualquier cosa y no hacemos frente a ese error, puede morir. Un traslado por aire no tiene nada que ver con uno en tierra, cambian muchas cosas, entre ellas, el espacio. Decimos que a un paciente hay que poder abordarlo por cualquier lado y en un avión es muy complicado. Y en un helicóptero, mucho más, a veces trabajamos de rodillas. Pero hay una cosa que llamamos *efecto UMAER*. Imagina que estás tirada en medio de no se sabe donde, enfermísima, y, de repente, aparecemos nosotros. Los pacientes mejoran sólo con vernos.

— **Cuando ingresó en las FAS en 1997, ¿imaginaba que iba a viajar tanto?**

— En absoluto. Todo empezó con el ataque a las Torres Gemelas. Estaba de guardia en el Hospital del Aire, se empezó a hablar de que nos iban a enviar a Afganistán y comenzaron a buscar a personal para puestos concretos. A mí, que estaba en urgencias, me preguntaron si me iba. Dije que sí y hasta ahora. Fuimos a Bagram, donde montamos un hospital de campaña en el que prestábamos servicios sanitarios y quirúrgicos tanto a los militares como a los civiles de la zona que sufrían una absoluta carencia de medios de esta índole.

— **¿Como recuerda esa misión?**

— Fue muy especial. Nadie tenía experiencia en este tipo de cosas, aún no se había creado la UMAER aunque en el Hospital del Aire ya existía una célula que hacía una labor parecida. Las tropas de EEUU acababan de desplegar y nada más llegar nos dimos de bruces con una zona de guerra, totalmente devastada, en la que los militares vivían



En el distintivo de misiones de paz —arriba— que lleva en el lado izquierdo de la guerrera aparecen las operaciones en las que ha estado desplegado más de 90 días.

## Las medallas de un sanitario

La guerrera del cabo primero Francés es el escaparate de su vida profesional. En el pasador lleva dos Cruces al Mérito Aeronáutico. «La primera me la dieron cuando vine de Bagram; la segunda, cuando repatriamos al religioso con ébola». También tiene «la que llamamos de viejo», la de los 15 años; la de la operación *Atalanta*, y la de la OTAN que se otorga en Afganistán. Esta última lleva un numeral, el 2, que no refleja, en absoluto, las veces que ha viajado a ese país. «Esta condecoración te la dan la primera vez que vas y, cada vez que vuelves te ponen un numeral. El problema es que se considera la misma misión, y no dos diferentes, si acudes con un intervalo inferior a seis meses. Y como yo iba tan a menudo, se da la curiosidad de que hay gente que ha ido tres veces y tiene un 3 y yo que he ido quince, sólo un 2».

En el lado derecho, luce el *rokiski* con el círculo rojo del cuerpo general. Arriba, las acreditaciones de haber realizado los cursos de Heráldica, Vexilología y Uniformología en el Instituto de Historia y Cultura Militar. Y debajo, el distintivo de misiones de paz, donde figuran los operaciones internacionales donde ha estado desplegado más de 90 días: *Libertad Duradera*, *Irak*, *ISAF*, *Atalanta*, *RCA*, y *OMP*. Esta última barra significa que ha estado en varios sitios «y entre todos, suman 90 días».

en tiendas de campaña. Necesitaban un hospital porque estaban teniendo muchas bajas. Allí, yo estaba en urgencias.

— **Después volvió a Afganistán...**

— Sí, he ido quince veces. Después de Bagram, fuimos a Herat donde cambió nuestro rol. Allí nos integramos con el equipo de MEDEVAC de helicópteros del Ejército del Aire y lo que hacíamos básicamente eran misiones de aeroevacuación avanzadas. En Herat es donde más días seguidos he estado, seis meses.

Fue la rotación en que murió la soldado Idoia Rodríguez, conductora de un BMR ambulancia. A un alférez enfermero que iba con ella lo llevamos hasta un tercer país para que vinieran a recogerlo desde España. Cuando regresé me dijeron que llevaba mucho tiempo y que tenía que volver a mi casa.

— **Estuvo en Indonesia, tras el tsunami. ¿Fue una operación diferente?**

— Fue una misión más humanitaria, no tenía nada que ver con combates. Re-

cuerdo que estaba en casa preparando una ensalada, me llamó el jefe y me dijo que íbamos a desplegar en Sumatra, que iban a ser diez días, llevar equipo y volver. Al final, fueron casi tres meses.

La imagen que tengo grabada es la de sobrevolar la zona y verlo todo arrasado. No sabía que el agua pudiera hacer eso. No quedaba nada. Estuvimos en la zona sur y, con aviones de carga, enviábamos ayuda humanitaria desde las áreas menos afectadas a las más necesitadas. Podría parecer que la labor sanitaria quedó al margen, pero no fue así. El personal —pilotos, mecánicos, seguridad...— estaba metido en un entorno selvático y muchos enfermaron.

— **¿Cuál de todas las operaciones recuerda como la más peligrosa?**

— Todas han tenido lo suyo. Quizás en Afganistán, cuando asesinaron a dos guardias civiles en Qala-i-Naw. Nosotros estábamos en Herat y nos avisaron para que fuéramos a por ellos. Pero durante el trayecto nos dijeron que la zona era peligrosa, que el helicóptero no podía aterrizar, que regresáramos. Antes de llegar a nuestra base nos volvieron a pedir que fuéramos a por los compañeros, no estaba claro si habían fallecido o no, para traerlos al hospital de Herat. Fuimos y cuando tomamos tierra vimos a un montón de gente que se dirigía a la base española para atacarla. Los zapa-

No teníamos ambulancia y empezamos a buscar alternativas para que el paciente viajara lo más cómodo posible. Creamos una doble barrera de aislamiento, nosotros nos pusimos el traje de protección y colocamos otro al religioso. Así pudimos utilizar vehículos normales.

Ya en el aeropuerto nos dijeron que teníamos que baldear todo lo que habíamos tocado. Había mucho miedo. Limpiamos hasta la escalerilla del avión por donde habíamos subido al paciente en volandas, porque casi no podía andar.

— **Usted no tiene una jornada laboral típica...**

— Estamos siempre disponibles. Incluso, cuando estamos de permiso, tenemos el móvil activado, porque si las bajas que se producen sobrepasan la capacidad de la gente que está de servicio, hay que apoyarles. Es una unidad de especial disponibilidad.

— **¿Cómo compatibiliza su vida profesional y familiar?**

— Casi bien. Estamos acostumbrados. Pero cuando salimos fuera, aunque decimos que no nos falta de nada, siempre tenemos carencias. Las medallas que te dan se las merece la gente que se queda, que nunca sabe exactamente como estás. En mi caso, lo llevan bastante bien aunque mi mujer últimamente me dice, ¿pero es que no hay nadie más? El problema es que hay que ir a muchos sitios.

— **¿Y se llega a acostumbrar?**

— Sí. En esta unidad, lo normal es tener una maleta hecha. Siempre decimos: duerme cuando puedas, come cuando puedas y trabaja cuando debas.

— **¿No le gustaría tener un destino más sedentario?**

— Yo creo que al final me aburriría. Me tendría que desintoxicar. Además, el hecho de estar en este tipo de unidades te hace conocer lo más avanzado de esta especialidad. Trabajamos con sanidad operativa del más alto nivel, tenemos contactos con gente de toda Europa y de Estados Unidos que también hace aeroevacuaciones... Para un sanitario de tropa es el top, donde más arriba puedes llegar.

Elena Tarilonte  
Fotos: Pepe Díaz



El cabo primero Francés, junto a una camilla UVI y otra con un sistema de aislamiento similar al que utilizaron para el traslado de los españoles infectados de ébola.

— **Durante una de sus misiones, tuvieron que repatriar a los miembros del CNI asesinados en Irak...**

— Aquello fue muy duro. Estábamos en Kuwait y tuvimos que entrar para recogerlos. No sabíamos si estaban muertos o no, de hecho hubo un superviviente. Recuerdo cómo subían los siete féretros al avión y quedaban en la bodega del *Hércules*, uno al lado de otro. Tengo la imagen de estar con la comandante médica Laura, los dos mirando, completamente descompuestos. No puedes imaginar lo que llega a afectar. Porque cuando estás fuera de tu casa, el compañerismo y la camaradería se incrementan más. Y cuando pasan cosas así...

dores protegieron los helicópteros, despegamos y tomamos dentro de la base. Fue un poco peligroso.

— **¿Y la más dura?**

— La repatriación desde Liberia del religioso Miguel Pajares infectado de ébola. Forramos completamente el *Airbus* con el que fuimos a recogerle, lo convertimos en una UVI; desmontamos asientos y montamos camillas y equipos. Cuando llegamos al aeropuerto, de noche, miramos a un lado y a otro... y allí no había nadie. Hasta que llegó un representante de la embajada y nos dijo que el paciente no estaba, que había que recogerle en Monrovia, a 40 kilómetros.